



**LA SIERVA DE DIOS ISABEL DE ESPAÑA
PREPARANDO UN CENTENARIO
(V)**

Por FRAY M.^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA
Monje de Oseira (Ourense)

19. COLABORADORES

Comienzo con una anécdota sucedida hace exactamente un siglo. Se trataba de un sacerdote sevillano muy celoso que, habiendo desarrollado una fecunda labor sacerdotal en un asilo de ancianos de la ciudad, el arzobispo, cardenal Spínola, le echó el ojo para confiarle una misión muy delicada que le preocupaba en extremo. Tenía por motivo la ciudad de Huelva, entonces habitada por unas 20.000 almas. La situación de pobreza en que yacía sumergida en aquellos tiempos y la proximidad de las minas de Riotinto, en las que pululaban centenares de mineros de diversas naciones, por lo general ajenos a toda idea religiosa, influían no poco para que la vida de aquellas gentes distara muy poco del paganismo.

Lo peor era que no encontraba medio de atraerles hacia la senda del bien. Había ensayado con varios sacerdotes celosos, modelos de apostolado, enviados para conquistar a aquellas pobres gentes, pero todos se volvían descorazonados ante el ambiente de indiferentismo religioso imperante en la ciudad.



FRAY M.^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

No sabía ya el prelado de qué medio echar mano para atraer a aquellas ovejas al redil del buen pastor. Se le ocurrió una idea que quiso ensayar. Había un sacerdote que había hecho maravillas en el asilo de ancianos desamparados, lleno de juventud, de jovialidad y de optimismo. Le llamó y le preguntó si deseaba ir como arcipreste a Huelva, explicándole antes los fracasos que llevaba recibidos con otros a quienes había enviado. Le añadió que si no le iba bien en Huelva, se volviera tranquilamente, que le recibiría con los brazos abiertos. El sacerdote, tras breve pausa, se limitó a contestar: «Eminencia: por mi voluntad, yo nunca iría a Huelva, pero si me lo manda mi arzobispo, para mí es un mandato sagrado.» Y sin más preámbulos, preparó sus cosas y se fue a Huelva en el nombre del Señor.

El recibimiento que se le hizo fue de frío glacial: casi nadie se enteró de la llegada del nuevo arcipreste. Se instaló donde le pareció y pasaron unos días dedicados enteramente a recorrer la ciudad y conocer iglesias y algunos puntos clave para comenzar a trabajar. Era frecuente que al verle por la calle, los chiquillos desde cierta distancia le insultaban: «¡Cuervo, cuervo, mala pata, malapata...» Cuando se desplazó a cierta barriada llamada El Polvorín, fueron más allá los chavales: «Le apedrearon sin piedad». Pasado algún tiempo fue a Sevilla a ciertos asuntos. Al entrevistarse con su cardenal, éste le preguntó cómo le iba con el nuevo destino. Contestación: «Muy bien, Eminencia, aunque a veces me reciban los chaveas a pedradas...» —Y Vd. ¿qué hace cuando le apedrean? —Pues, mire: ¡Torearlas!»

Una vez conocida en profundidad la selva que le cupo en suerte, se hizo esta pregunta que leemos en sus escritos: «¡Señor!, ¿por dónde empiezo?» No hay espacio para explicar cómo se las arregló este hombre de Dios para transformar por completo en pocos años aquella ciudad, haciéndose célebre en todos los ambientes españoles, porque en muchas publicaciones sacaban a relucir el fecundo apostolado de don Manuel González, el famoso «Arcipreste de Huelva», elevado más tarde a la sede de Málaga, de la que pasó después a regir mi sede



palentina, y desde hace unos años le veneramos ya en los altares.

Tal es el hecho externo de un hombre que logra limpiar y ajardinar una selva impenetrable, pero no hemos dicho nada de qué medios se valió para encauzar aquellas multitudes por la senda del bien. La principal de todas fue su vida de oración continua, su recurso constante al Sagrario. No le bastaba entregarse de lleno a obras apostólicas de todo género, a organizar cursillos, dar conferencias, formar apóstoles... Lo principal en él era aquella vida de intensa piedad eucarística. Es el apóstol más esclarecido de los tiempos modernos que vivió en intensidad la vida de Sagrario, y lo que más le enaltece, formó una escuela de almas adoradoras y reparadoras de la gran indiferencia reinante en el mundo hacia el Señor Sacramentado. De entre todas las instituciones dejadas en herencia a la Iglesia, están las Marías de los Sagrarios, asociación que se extendió por España y por el mundo entero.

Esta anécdota histórica de un sacerdote que le tocó enfrentarse con otro campo selvático en pequeño, fue un presagio de lo que les iba a tocar en suerte a los Reyes Católicos, de manera especial a la joven Reina de Castilla, quien a sus 23 años ceñía la corona de un reino en anarquía total, según acabamos de ver en el breve esquema ofrecido. No consta que se hiciera esa pregunta: «¡Señor!, ¿por dónde empiezo?» Pero aunque no lo dijera con palabras, es indudable que tuvo que hacerse esa reflexión ya desde el primer momento. Proporcionalmente la herencia que cupo en suerte al sacerdote sevillano en cuestión, era una miniatura comparada con la que le caía a Isabel, que no era una ciudad sola, ni una provincia, sino todo un estado con unos problemas tremendos a primera vista imposibles de resolver.

Aunque tratamos de dejar a un lado la mayor parte de los hechos políticos, no está fuera de lugar que ofrezcamos un resumen de cómo se las arreglaron ambos esposos para poner orden en aquel campo de abrojos, zarzas y espinas. Digamos que una de las primeras medidas adoptadas de común acuerdo fue buscar las personas que necesitaban para presidir los



puestos de mayor responsabilidad: «Pusieron gran cuidado en la elección de personas para cargos principales de gobierno, justicia, guerra y hacienda, y si alguna elección se erraba (que sucedía pocas veces), al punto lo enmendaban, no dejando crecer el daño, sino enmendándolo con presteza» (1). Y para estar más prevenidos lo primero que procuraron fue la seguridad personal de los ciudadanos limpiando los caminos de malhechores, porque cuando se sentaron en el trono, era imposible circular por los caminos y calles de las ciudades sin exponer la vida, o cuando menos la bolsa de dinero. Para ello, crearon la *Santa Hermandad*, institución jurídico militar encargada de perseguir y castigar a los delincuentes de todas las clases sociales. Una de las ordenanzas decía: «Que el malhechor reciba los sacramentos que pudiese recibir como católico cristiano, y que muera lo más prontamente que se pueda». La convirtieron luego en institución permanente, y fue llamada santa por el buen propósito para que fue creada, y por los saludables efectos producidos.

Está fuera de contexto y es ignorar la historia juzgar que una medida radical como ésta era de alguna manera cruel. Todo lo contrario, era el proceder de los tiempos, y el gran medio de salvar muchas vidas inocentes que hubieran muerto a manos de esos malhechores sobre los que caía la pena capital. Veamos el resultado. Pronto se acabaron los salteadores y asesinos. Así nos lo cuenta Nebrija: «Cesaron en todas partes los hurtos, sacrilegios, corrompimientos de vírgenes, opresiones, acometimientos, prisiones, injurias, blasfemias, bandos, robos públicos y muchas muerte de hombres y todos otros géneros de maleficios, que sin rienda ni temor de justicia habían discurrido por España mucho tiempo... Tanta era la autoridad de los católicos Príncipes, tanto el temor de la justicia, que no solamente ninguno ni hacía fuero a otro, más aun no le osaba ofender con palabras deshonestas porque la igualdad de la justicia de los bienaventurados Príncipes era tal, que los inferio-

(1) LLANOS Y TORRIGLIA, f.: *En el hogar de los Reyes Católicos*, o. c., p. 118.



res obedecían a sus mayores en todas las cosas lícitas e honestas a que están obligados...»

A la levantisca nobleza, tan insolentada en el reinado de Enrique IV, que protestaba por cualquier medida que se tomara de represión, se les prohibió levantar nuevos castillos, y como seguían protestando, fue necesario que demostraran que no se andaban con bromas: las leyes se daban para cumplirlas. Así, el mariscal del reino, don Pedro Pardo de Cela, que se había apoderado de las rentas de la mitra de Mondoñedo, a despecho de la reina y del Papa, y con pretexto de que su mujer era sobrina del obispo anterior, fue vencido en la lucha que provocó y ahorcado por orden de la Reina. Fue un escarmiento muy sonado que sirvió para que los demás echaran las barbas a remojar (2).

Para llevar a cabo la unidad religiosa de la patria —juntamente con la terminación de la Reconquista, en cuyos temas no es posible detenernos—, ambición primordial de ambos consortes, creyeron oportuno establecer el *Tribunal de la Fe* o denominado también *Tribunal de la Inquisición o Santo Oficio*, muy corriente entonces en otros países con objeto de castigar las herejías, manteniendo el dogma en toda su pureza. No pudiendo entrar a profundizar en el tema, aun cuando dicho tribunal tiene hoy tan mala prensa, no todos piensan así, ni mucho menos, pues produjo sus frutos saludables. Que nos lo diga el gran políglota Menéndez Pelayo, quien dejó escrito: «Estimo cual blasón honrosísimo para nuestra patria, el que no arraigase en ella la herejía durante el siglo XVI; y comprendo y aplaudo y hasta bendigo a la Inquisición, como fórmula del pensamiento de unidad que rige y gobierna la vida nacio-

(2) Es injusto llamar a Isabel «sanguinaria» —como lo ha hecho algún periodista de nuestros días sin conocer nada en absoluto de la Reina, pues mandó ahorcar a una persona distinguida porque se portaba mal y llegó a enfrentarse contra el poder constituido, siendo vencido. Fue necesario usar de escarmientos para imponer orden, respeto y convivencia pacífica entre los ciudadanos. Quizá este modo de obrar hubiera sido válido y eficaz en los tiempos modernos en que tantos delitos impunes se vienen cometiendo en los estados.



FRAY M.^o DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

nal a través de los siglos, como hija del espíritu genuino del pueblo español y no opresora de él». Para juzgar los frutos de la Inquisición no hay que mirarlos con la óptica del s. XXI, sino con la que imperaba en la Edad Media, habiendo sido los pontífices quienes lo autorizaron y promovieron en casi todos los estados católicos.

No es posible seguir aduciendo más pormenores sobre el sistema de gobierno que impusieron esta pareja privilegiada, enviada por Dios para sacar del abismo a nuestra patria, poner orden en ella y echar unos cimientos sólidos del gran imperio que forjarían sus sucesores del s. XVI. Es indudable que Isabel, sobre todo, coincidía con aquel sacerdote sevillano —hoy en los altares— en su vida intensa de oración y de sagrario incesante. Ya hemos dicho cómo algunos cronistas nos hablan de que dedicaba varias horas a la oración personal, sobre todo en circunstancias muy difíciles de tantas como rodearon su existencia. Vivía unida a Dios, le encomendaba todos sus asuntos, le pedía luces, y una vez conocida en la oración lo que mejor convenía, se lanzaba a realizarlos con valentía e intrepidez. Queda igualmente mencionado en más de una ocasión cómo no era ella sola a orar por la buena marcha de los negocios de la patria, sino también le hacían coro el grupo de damas de alta alcurnia que la acompañaban de continuo, como se echó bien de ver cuando la batalla de Fernando contra los portugueses en las inmediaciones de Toro, cómo en Tordesillas estaban ellas ofreciendo continua intendencia espiritual por el buen éxito de las almas. Por si fuera poco, solía acudir a los monasterios de religiosas a encomendar los asuntos graves a las personas consagradas, por lo general más cerca de Dios, por estar a su servicio y recibir mayores gracias. Aquí están explicados muchos triunfos que hoy nos admiran.

a) *Fray Hernando de Talavera*

Además de esa vida espiritual intensa que llevaba Isabel, a su constante recurso a la oración personal, y de las otras al-



mas que encomendaban esos problemas graves, no hay duda que necesitó personal capacitado que la ayudaran y orientaran en los grandes problemas con que tuvo que enfrentarse. Dios colocó a su lado a una serie de personajes de gran altura en los distintos campos. Y no sólo hombres, también las mujeres tuvieron parte destacada en la obra polifacética de nuestra santa Reina. Se impone ofrecer unos cuantos nombres con algunas notas destacadas de cada uno de ellos.

Hablan los autores de que Isabel llevaba una especie de fichero en regla, o bien una simple libreta o cuaderno con el nombre y el *curriculum vitae* de los principales personajes más destacados del reino, que le pudieran prestar servicios en los diferentes cargos de responsabilidad. Conocía muy bien los méritos de las personas. No es extraño que tuviera aquel ojo avizor para tener siempre a su lado hombres y mujeres de la mayor garantía. Veamos si su mirada perspicaz acertó a buscar hombres de valía para llevar a cabo su labor gigantesca. Sólo es posible fijarnos en muy pocos nombres.

Comenzamos por el hombre clave que más ayudó a Isabel en su vida espiritual y también materialmente en la realización de su obra gigantesca, fray Hernando de Talavera, monje jerónimo, prior de Ntra. Señora del Prado, en Valladolid. Nacido en Talavera de la Reina hacia 1430, estudió en la universidad de Salamanca, donde dejó una huella indeleble de virtuoso. Entregado a los estudios de manera asidua, al par que ahondaba en los caminos del espíritu, salió de la universidad con una preparación que pronto comenzó a dar copiosos frutos. Era el confesor preferido por la nobleza, yendo «en derecha a obtener vida de perfección y desprecio del mundo en aquellas almas». La condesa de Benavente obtuvo de él que le hiciera una obrita sobre *Manera de ordenar y emplear santamente el tiempo* que tuvo mucho éxito y obtuvo un gran bien en muchas almas. Tal debe ser el motivo embrional de llegar al conocimiento de la Reina.

Pronto la orden echó mano de él, como lo demuestra el hecho de que en plena juventud le nombraron prior de Ntra. Señora del Prado, de Valladolid. En un domingo de Adviento pre-



FRAY M.^o DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

dicó a los monjes un sermón sobre *perfección religiosa*, sobre la *renovación interior*, cuyo eco salió al exterior del convento y llegó a oídos de la Reina, que por entonces acababa de iniciar con él su dirección espiritual. Es muy conocida la anécdota de ella la primera vez que se acercó a él. Que en vez de arrodillarse a sus pies, como solían hacer los personajes reales; habiéndolo notado él, le llamó la atención, le contestó ella que era la norma que había entre las personas reales. Mas él la atajó diciendo que él sentado y ella de rodillas, porque se hallaban en el tribunal de la penitencia en el cual el confesor hace las veces de Cristo. Ella no lo tomó a mal, antes cuando salió de allí dijo a alguien que aquél era el confesor que iba buscando, y ya no lo dejó en toda su vida, resultando además un consejero de primer orden para todos los asuntos que le confió. Enterada de aquel sermón, le pidió al padre que se le facilitara y le diera forma para que le sirviera a ella.

El padre se resistía a hacerlo, por parecerle un tema adecuado solamente para monjes que vivían en soledad, pero no tuvo más remedio, y añadió: «Ya que sé la excelencia de vuestro alumbrado ingenio y la perfección de vuestro devoto y ordenado deseo, no pongo dificultad en lo comunicar a vuestra real Magestad, antes digo lo que nuestro Señor y Maestro dixo a San Pedro: que es bienaventurado vuestro espíritu que demandó lo que la rudeza humana no le pudo revelar, mas lo que le inspiró a demandar algún rayo de la lumbre divinal». Precisamente la inteligencia despierta de aquella mujer vio luego que la idea de renovación le venía como anillo al dedo, precisamente en aquella hora en que iba a emprender la renovación colosal de la patria en todos los órdenes, con repercusiones tremendas fuera de ella, como sería el descubrimiento y puesta en marcha de la evangelización de América.

Quedó tan engolosinada del buen sabor y suavidad que con su lectura sintió en su paladar con aquel sermón de Adviento sobre *la renovación*, todo lo que habla en él de que el alma del cristiano debe renovarse como el águila en su juventud, según frase del Real Salmista, que no paró hasta que le hiciera otra, un *tratado de elevación mística*, sobre san Juan Evangelista,



puesto que era el santo al que la Reina profesaba una devoción entrañable por haber sido el discípulo amado de Cristo, el custodio fiel y solícito de la Virgen Madre, a quien se la recomendó desde la Cruz.

Fray Hernando era persona muy exigente e inapelable, como lo hemos visto en esa preciosa anécdota transmitida por el historiador de la orden Jerónima, fray José de Sigüenza. Isabel no dejó de dirigirse con él hasta la hora de la muerte, habiendo vivido él dos años más que ella, falleciendo en 1507. Quisiera aprovechar para ofrecer dos testimonios fehacientes que redundan en un mayor conocimiento de la espiritualidad de la joven Reina, al par que iluminan su conducta de una manera diametralmente opuesta a como se la juzga por algunos que desconocen las verdaderas fuentes esclarecedoras de su vida.

- 1.º Dios colocó a este hombre en el camino de la Reina, que «como su alteza conociese su saber, discreción, letras y gran religión, no le meneaba y decía cosa de peso sin su consejo y parecer». «Andaba en la corte mucho tiempo contra su voluntad, por cumplir la obediencia que a sus mayores debía y avía prometido. Aunque mucho le apremiaban que estuviese con la reina, no olvidaba los monasterios. Siendo visitador de la orden, cuando Isabel veía que retrasaba mucho en aparecer por la corte, levantaba luego el grito, por considerarle pieza clave para tantas empresas como traía entre manos».
- 2.º Interesa añadir aquí el juicio que emite este hombre santo, serio y exigente respecto de la conducta observada por Isabel respecto a su contrincante la Beltraneja. Quienes andan buscando notas oscuras en la conducta diáfana de Isabel, la acusan de que obligó a la hija de la Reina a meterse monja. Nada más ajeno a la realidad, como vamos a ver. Cuando Vicente Valencia recogió tantas fuentes originales sobre las virtudes de nuestra Reina, extraídas de los archivos para ela-



borar el proceso, dice: «Todavía en 1958 cuando comenzamos en Valladolid estos estudios sobre la reina y el reinado, los más concienzudos y acreditados investigadores del reinado hablaban, (los menos escribían) de la cuestión sucesoria y del trato dado a la Beltraneja, con desconocimiento absoluto de la profusa documentación de Simancas y de alguna de la Biblioteca Nacional, que dan a la cuestión una revolución entera.

Citemos algunos testimonios del Prior del Prado. «...A doña Juana la Beltraneja cuando quería meterse monja, la certifica por si dudaba de ello, que los Reyes Católicos la cumplirán lo capitulado de casarla con su hijo el príncipe heredero si ella y él lo desearan; por lo tanto, no necesitaba tomar la decisión de meterse monja por esa duda: A mí dan por testigo que lo sé como confesor y porque cosa deste mundo no diré sino verdad». Está clarísima la conducta observada por Isabel con la hija de la Reina, que no sólo la deja libre, sino incluso —de acuerdo con su marido— aceptan el que pueda contraer matrimonio algún día con su hijo, el príncipe Juan, si es que lo desean ambos de mutuo acuerdo. De esta suerte podía llegar algún día no sólo a ser princesa, pero aún reina de España. Además, cuando supo que ingresaba religiosa, manifestó de alguna manera que aquélla no era su vocación, y no se equivocó, porque aunque hizo el ingreso y llegó a profesar, le pesaba el hábito y la observancia, por lo que buscó una escapatoria cuando se le ofrecía ocasión de dejar el hábito.

Digamos, por último de fray Hernando llegaría a ser el primer arzobispo de Granada, y desde allí seguiría dirigiendo a la Reina, de manera exigente, ya que no le dejaba pasar una. Tenemos una prueba fehaciente de ello. Cuando ambos monarcas visitaron Barcelona y celebraron allí grandes fiestas, una espía maliciosa acusó a Isabel de haber bailado delante de la representación francesa; pero ella se apresuró a desmentirlo, por no ser cierto, ni tampoco que se cambiara tanto de ropaje, antes conservaba el mismo que llevaba en Zaragoza «...No



querría parecer que me disculpo —escribe ella. Mas porque me parece que dijeron más de lo que fue, diré lo que pasó para saber en qué hubo yerro; porque decís que dancé quien no debía; pienso si dijeron allá que dancé yo, y no fue, ni pasó por pensamiento, ni puede ser cosa más olvidada de mí. Los trajes nuevos no hubo, ni en mi ni en mis damas, ni aun vestidos nuevos que todo lo que yo allí vestí había vestido desde que estamos en Aragón, y aquello mismo me habían visto los otros franceses. Sólo un vestido nuevo hice de seda y con tres marcos de oro el más llano que pude: esta fue toda mi fiesta de las fiestas» (3).

b) *Gutierre de Cárdenas*

De entre los muchos personajes que cooperaron decididamente a las grandes empresas de los RR.CC., nos fijamos en éste, por el ejemplo de abnegación y fidelidad que dio en todo momento a nuestros Reyes, de manera especial poco antes de su muerte, un año antes que la Reina. Sobre los orígenes de la familia Cárdenas no es posible detenernos, sino decir que fue descendiente de don Lope de Haro, señor de Vizcaya. Tanto pudiéramos decir sobre él, que tendríamos materia para una obra voluminosa. Iniciamos el relato siguiendo a Pedro de Gracia Dei, del cual es este testimonio: «Gutierre de Cárdenas, por su saber ha privado tanto con los reyes nuestros señores, don Fernando y doña Isabel, que es uno de los señores más ricos de este reino, e comendador mayor de León y contador

(3) Añadamos que hoy se halla introducida en Roma la Causa de beatificación de fray Hernando de Talavera, este hombre de Dios que prestó una eficaz ayuda a los Reyes Católicos en aquellos años de reconstrucción nacional. Una advertencia: Es frecuente oír comentar a indocumentados que la higiene de Isabel brillaba por su ausencia. Tal vez se apoyen en este testimonio de ella. Está claro que no se cambiaría a cada momento, como hacen hoy las mujeres, pero está lejos de ser una grosería decir que llevó la misma ropa en Zaragoza que en Barcelona. Es comprensible que tuviera sus trajes regios, pero éstos no los iba a llevar puestos en los desplazamientos continuos por los pueblos.



mayor. Y éste casó con una hija del almirante don Alonso Enríquez. Sus armas son dos lobos azules o cárdenos en campo amarillo, así como están aquí». Aunque desconocemos el año de su nacimiento, Zurita afirma que en 1502 era muy anciano, lo que induce a suponer que debió acaecer alrededor de 1440. Dícese de él que fue uno de los más sabios y esforzados caballeros de su tiempo, sagaz en el consejo y acrisolada lealtad a su esposa doña Teresa Enríquez, denominada «la loca del Sacramento».

En el año 1468 surge destellante la figura de Gutierre de Cárdenas, sobre cual lamenta el docto franciscano que nadie se haya dedicado a estudiar a fondo su vida y ofrecer a la publicidad la semblanza completa de este hombre, que tuvo el feliz acierto de colaborar como el primero en la gran tarea de forjar la unidad nacional española, puesto que con su visión de futuro, su acertado consejo y su prudencia, convenció a la princesa doña Isabel a que casara con don Fernando de Aragón, no obstante la presión que se le venía haciendo sobre ella desde ciertos sectores de que aceptara uno de los pretendientes que le presentaban, dignos a cual más de figurar en un museo de antigüedades.

Dado que Isabel era huérfana de padre, y estando su madre con enagenación mental, cuando Enrique —su medio hermano— quiso unirla a pretendientes que no le convenía, la intervención de Gutierre de Cárdenas fue decisiva y certera para la princesa, orientándola a decidir personalmente, rechazando a todos aquellos sujetos que le ofrecían, inclinándose por Fernando de Aragón. Cárdenas le informó de que eran no sólo casi de la misma edad, sino también carecía de los defectos físicos y morales que tenían los otros pretendientes que querían imponerle, y además, porque siendo heredero de Aragón y de otros reinos peninsulares, con la unión de ambos reinos lograba tener en sus manos la mayor parte de España.

Esta intervención de Cárdenas es uno de los eslabones más brillantes de la cadena de servicios prestados a España por este hombre llamado a ser esposo de la mujer virtuosa y santa que Dios le daba por compañera. Hacia 1470, poco después del en-



lace matrimonial de los Reyes Católicos, «casó el sagaz e inteligente Maestresala de Isabel, el cual no tuvo escasa intervención en la boda regia, para lo cual aduciremos breves datos». Cárdenas fue uno de los principales protagonistas de la odisea acaecida en torno a aquel viaje accidentado que suponía sacar a Fernando de su feudo de Aragón y trasladarle a Castilla sin que trascendiera la noticia ni llegara a oídos de Enrique IV, que tenía colocados espías en las ciudades importantes entre Castilla y Aragón. Todo fue burlándolo Cárdenas con singular maestría, haciendo que Fernando se disfrazara de arriero y aparentara ante las gentes como uno de los criados que acompañaban a la comitiva. Llegaron sin el menor contratiempo a Castilla, preparando la primera entrevista con la princesa.

No podemos omitir la sabrosa anécdota sucedida en este primer momento de encontrarse los prometidos regios. La cuenta Argote de Molina, descubriéndonos el por qué los Maqueda lucen traer por orla de sus armas ocho SS de oro en campo rojo. Dicen que al tiempo de presentárselo, «con la muchedumbre de la gente, la princesa no sabía cuál era. Y como don Gutierre de Cárdenas considerase la duda en que la princesa estaba llegóse a ella y señalándole al príncipe, díjole: ¡Esse es, esse es! (4). Más tarde, la Reina Católica inmortalizó aquel hecho otorgando a Cárdenas que figurasen en la orla de su escudo de armas ocho SS de oro alternando con igual número de conchas o veneras en campo rojo.

Muchos favores dispensaron los Reyes a su fiel servidor en pago de su lealtad y rectitud, pero ninguno fue tan importante como la parte que indudablemente tuvieron en el enlace de Gutierre con Teresa Enríquez, prima de Fernando, integrándole de humilde Maestresala en la misma familia real. El matrimonio Cárdenas-Enríquez lo presentan los historiadores como modelo de unión y compenetración de ambos consortes. De tanto como se pudiera decir de él, vaya este sencillo retazo de el *Carro de las Donas*. «Era muy buen cristiano y tenía muy

(4) Cfr. ARGOTE DE MOLINA: *Nobleza de Andalucía*, Sevilla, 1588, fol. 224v.



FRAY M.^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

buen natural de hombre y era de muy buen genio; oía misa a diario y muy devoto de nuestra Señora, como lo manifiestan las fundaciones regias erigidas en su honor». Sin embargo, añade este inciso diciendo que él «no hilaba tan fino como doña Teresa», mas ella vigilaba constantemente sobre él siempre preocupada por la salvación de su alma.

Otra anécdota curiosa da a entender la diferencia existente entre uno y otro. El cargo de contador mayor que ostentaba, equivalía dentro de la simplificada administración de entonces, a ministro de justicia, de hacienda, director de aduanas, y otros cargos importantes, de tal manera que casi todos en la corte necesitaban acudir a él, y la esposa, delicadísima de conciencia le vigilaba para que no se le pegase a las manos nada de aquellos fondos que manejaba de continuo. El esposo, en ocasiones, hablando con la Reina Católica se desahogaba con ella muerto de risa: «Señora, suplico a vuestra alteza que firme este negocio, que traigo quebrada la cabeza de los sermones que doña Teresa me ha hecho diciendo que despache los negocios y que haga limosnas que en verdad más me predica ella que los predicadores». Y como decía con mucha gracia, que era hombre agraciado, la Reina se reía y decía: «Todo es menester, comendador mayor».

Añadamos unos detalles referentes al ocaso de este gran hombre clave de primera línea en la última etapa de la Reconquista. Se hallaba Cárdenas con los RR. CC. en Alcalá de Henares en 1503, en el palacio del Cardenal Cisneros, cuando le asaltó la última enfermedad grave que en pocos meses le llevaría al sepulcro. Notando que le iban faltando las fuerzas y que en breve debía comparecer ante el tribunal divino, quiso disponerse debidamente como buen cristiano. De seguro su esposa estaría de continuo a su cabecera preparándole a bien morir. Fue en este trance supremo cuando ocurrió una escena digna de relatar que los historiadores recogen con profusión de datos. Ya había hecho testamento, de acuerdo con su esposa, la cual le buscó sabios y santos sacerdotes para que dispusiera debidamente su alma. Hizo la confesión minuciosa con sincero arrepentimiento, dándose cuenta el confesor de que



sus cuentas se hallaban un tanto embrolladas. A pesar de su rectitud en el obrar, como había manejado tantos fondos, a pesar de la vigilancia de su esposa, le remordía la conciencia de haberse dejado llevar algo de la ambición. El confesor, siguiendo las normas canónicas rigoristas, le impuso la obligación de devolver todo aquello que comprendiera lo había adquirido de forma no muy honesta.

Entonces sucedió algo insólito. Habiendo presenciado tantos años el desprendimiento total de su esposa de todos los bienes terrenos, que todo era poco para entregar a los pobres, dejándose llevar de su magnánimo corazón, «quiere morir totalmente despojado de todo y dejar a los suyos un tesoro más valioso, por el cual muy cuerdamente tuvo en poco la pérdida de toda su hacienda. El ejemplo de una muerte cristiana, la fe práctica hasta las últimas consecuencias». Con objeto de llevar a cabo su ambicioso proyecto, «Cárdenas envía un recado a los Reyes y les suplica que a las muchas mercedes hechas en su vida añadan ésta de venir a visitarle». Acudieron con presteza ambos soberanos —que estaban en el mismo palacio—, y apenas los tuvo delante, entre lágrimas les pidió perdón de todas las negligencias cometidas en su servicio, y que por amor a Jesucristo se dignaran admitir la renuncia total de todos sus bienes que ponía íntegramente en sus manos, para que pudieran disponer de ellos como de cosa propia.

Tanto Isabel como Fernando, a pesar de que no les venía mal aquella fortuna para afrontar tantos gastos como suponían las grandes empresas que traían entre manos, se resistían en admitir nada, pues conocían la rectitud con que siempre había procedido en los negocios, pero tanto les insistió «destilando el corazón por los ojos», que ambos «con entrañas de Reyes Católicos y piadosos», le demostraron que los aceptaban de buena gana y «habían por suyos desde aquella hora en adelante y con demostraciones compasivas le consolaron y dijeron muchas y buenas palabras ayudándole a bien morir, representándole cómo ellos eran también mortales y habían de esperar y ver la muerte y dejándole así quieto se volvieron a su aposento que era el mismo palacio y casas arzobispales, y con



FRAY M.^o DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

mucha tristeza de ver la muerte de tan buen servidor y leal Consejero suyo.»

Lo aceptaron, repito, para tranquilizar la conciencia delicada de aquel siervo fiel que no quería comparecer ante el tribunal divino con la más leve falta. Pero ambos esposos, aún cuando tenían bien en qué emplearlo, se guardaron mucho en quedarse con nada, antes al poco de fallecer, se apresuraron a devolvérselo íntegramente a doña Teresa, ordenando que se cumpliera al pie de la letra lo que había dejado dispuesto en su testamento.

c) *Cardenal Cisneros*

He aquí otro coloso que Dios envió a España en unas circunstancias tan adversas, cuando los Reyes Católicos se hallaban empeñados en la reconquista nacional y en la forja de la nacionalidad española. Nacido en Torrelaguna (Madrid) en 1436, luego de una formación eclesiástica muy sólida, y tras indecibles sufrimientos permitidos por el Señor, en 1484 sintió la llamada de Dios al retiro del claustro, ingresando en la orden franciscana, probablemente en San Juan de los Reyes. Sus deseos de vivir en el silencio y la soledad le fueron imposibles, porque pronto echaron mano de él para cargos importantes, en los que no es posible detenerse. Interesa más ver la manera como pasó a ser confesor de la reina Isabel.

Cuando en 1492 se logró la conquista de Granada, a fray Hernando de Talavera le confiaron el pastoreo de aquella Iglesia, después de su eficaz colaboración a aquella epopeya como consejero fiel de la Reina, que todo lo consultaba con él, tanto las cosas de espíritu como los proyectos que se forjaban en su imaginación. Al quedar sujeto en aquella iglesia, sin que esto supusiera cortar entre los dos las relaciones espirituales, antes seguirían toda la vida, pero hallándose tan distantes, tenía que ser a través de la correspondencia. Pero la Reina necesitaba una persona sabia y santa a su lado para acudir a ella en los momentos de zozobra y ansiedades de espíritu. En esta bús-



queda preocupante, luego de confiar al cardenal Mendoza la preocupación de los asuntos del estado y la sustitución de fray Hernando de Talavera para las cosas del espíritu, le contestó el cardenal que él tenía conocimiento de un hombre, antiguo vicario de Sigüenza y actual guardián del convento franciscano de la Salceda, persona muy apta, pero le anticipó que no era fácil lograr que aceptara tal cometido. Se pusieron de acuerdo los dos para lograr que llegara hasta palacio. Mendoza le escribió que viniese a tratar con él algunos asuntos particulares. Aceptó el franciscano sin la menor sospecha. Trató el cardenal con él lo que le pareció, ocultándole el verdadero motivo de haberle llamado.

Entonces, según lo convenido, la Reina lo mandó llamar «como por casualidad o incidencia» —«Aquella prudentísima mujer... entabla conversación con él, preguntándole y escuchándole con intención de conocer directamente su modo de ser». «No se inmutó el fraile lo más mínimo con la presencia y conversación de la Reina..., y la habló con palabras llenas de esa sabiduría que da la vida de oración, de las que dan la medida y la imagen del alma». Esta conversación «le ganó la admiración de la Reina y colmó en ella el alto concepto que de él ya tenía (5)». Intuitiva y penetrante en el conocimiento de los hombres y hombres de Dios, en una conversación adivinó a Cisneros. El maestro Brihuega, de la universidad de Alcalá tiene aquel descubrimiento por inspiración divina. Zurita, al hablar de unas diferencias entre Cisneros y el Rey, que luego han sido desmentidas ante los nuevos descubrimientos documentales, dice de Cisneros: «El Arzobispo tenía un ánimo que se remontaba en tan grandes pensamientos, que eran más de Rey que de fraile». Perfecto. Y aún continúa el analista: «Y lo que ponía mayor admiración, que con todo esto no perdía punto de lo que debía obrar un gran religioso».

Quizá en la mente de Isabel la personalidad de Hernando de Talavera fuera más íntima para ella, por haber sido el pri-

(5) En todo este relato nos inspiramos en *Isabel la Católica, Opinión de españoles y extranjeros, o.c.*, p. 374.



mer confidente importante en los comienzos de su reinado, pero no aparece para nada su deseo de colocarle al frente de la sede primada de Toledo, antes cree que está hecho para regir la de Granada; en cambio a Cisneros le consideró desde el primer momento para arzobispo primado de Toledo, porque era la persona que esperaba hecha para secundar sus ambiciosos planes de reforma que llevaba entre manos. El que un hombre salido del pueblo y no de la nobleza llegara a arzobispo primado, fue no sólo pensamiento de la Reina, sino coincidió con el cardenal Mendoza, por haber sido una de las recomendaciones hechas a la hora de la muerte.

La elevación de Cisneros al puesto clave de primado y reformista, fue hechura total de Isabel, para lo cual hubo que descartar a otro don Diego Hurtado de Mendoza, obispo de Palencia, y a don Alfonso de Aragón, hijo natural de Fernando el Católico, por más que la candidatura de este último se hallaba recomendada por el propio Fernando su esposo (6). Téngase en cuenta que no era ella la que materialmente elevaba a las dignidades, sino influía ante el papa para lograr colocar en ellas las personas más aptas y de mayor solvencia espiritual. Podemos decir que era un lince a la hora de sondear los espíritus.

No entramos a explicar el hecho de que había otro franciscano candidato para la diócesis primada, fray Juan de Benalcázar junto con Cisneros, en cuyo apoyo salió éste con tales razones, que llegó a convencer a la Reina que era el verdadero candidato a presidirla, pero la Reina, habiendo reflexionado seriamente el caso, volvió sobre su resolución, y se las arregló para que fuera el propio Cisneros quien llegara a ocupar tan elevado puesto, desde el cual desarrollaría una obra impagable, tanto de reforma de la Iglesia, de las órdenes religiosas y de las costumbres, continuando su labor después de la muerte de la Reina, por haber sido regente del Reino.

(6) Suponemos que esto lo sabía perfectamente la Reina, ante la cual no valían recomendaciones, ni que fueran del propio esposo, porque veía de lejos dónde estaba la mayor gloria de Dios y de la Iglesia, por eso prescindía de todo. No creemos que Fernando se resintiera lo más mínimo, pues la conocía a fondo y veía que en todo seguía las inspiraciones de Dios.



Un último detalle quisiéramos añadir acerca de este hombre menudo y de un físico no muy llamativo. Cuando le nombraron regente de Castilla en 1616, a la muerte de Fernando el Católico, los nobles soñaban en volver a las andadas de los tiempos de Enrique IV, en que mangoneaban a su arbitrio y vivían en continuas peleas entre sí. Pensaban que aquel fraile enjuto y pobretón que regía los destinos de España iba a transigir, pero se equivocaron, porque se manifestó recto y exigente lo mismo que había sido Isabel la Católica. Cisneros dejó en España una nota de gran hombre: santo religioso, y conspicuo gobernante.

Añadamos la impresión que recibió al comunicarle la muerte de la Reina. Aunque era hombre de pocas palabras y habituado al dominio de sus sentimientos, se le soltaron las lágrimas, señal patente de la estima que profesaba a su persona, y exclamó: «Desaparece una Reina que no ha de tener semejante en la tierra, por su grandeza de alma, pureza de corazón, piedad cristiana, justicia a todos por igual, espíritu conservador de las leyes antiguas y ordenador de nuevas, por la creación de un rico patrimonio y economía fuerte, que es lo más importante para el reino y para el pueblo».

d) *Pedro Mártir de Anglería*

De entre tantos cronistas como pudiéramos presentar, testigos cualificados de las hazañas de nuestros Reyes, seleccionamos éste por doble motivo: por ser de origen italiano y porque habla de Isabel con unas ponderaciones que en principio nos parecían excesivas y como fuera de tono, pero luego hemos visto confirmadas sus principales alabanzas nada menos que por otros cronistas que la trataron, sobre todo el cardenal Cisneros, hombre serio, de pocas palabras y nada proclive a ponderar los valores de las personas. Acabamos de presentar en estas páginas una de sus alabanzas.

Anglería era milanés, llegado a Castilla de manos del conde de Tendilla, embajador de los RR.CC. ante el papa Inocencio



FRAY M.^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

VIII. La motivación de su venida parece fue a petición de la Reina, empeñada en elevar el nivel cultural de los españoles y abrir el nuevo estado que bullía en su mente al humanismo que se estaba extendiendo por Europa. Al poco de tratar con la Reina, se dio cuenta ésta de que era la persona adecuada que buscaba para llevar a cabo la docencia de la nobleza de Castilla, pero en sus veintinueve años sintiéndose con deseos de tomar parte en la cruzada que venían sosteniendo los reyes con afán imparable de arrojar de España el poder de la Media Luna, mostró preferencias por tomar parte en la lucha, alistándose en sus huestes y permaneciendo en ellas hasta finalizar la campaña con el triunfo completo de las armas cristianas.

Al terminar la guerra se hizo cargo de la academia palatina creada por Isabel para formar en ella a los hijos e hijas de la nobleza, que un día llegarían a ser fundamento de la nobleza española del siglo XVI, abierta a la cultura renacentista llevada a cabo por el humanista italiano Pedro de Anglería, discípulo a su vez de Pomponio Leto. Su magisterio principal se desarrolló en Granada, donde fue nombrado secretario del arzobispo Hernando de Talavera. En 1501 aparece como capellán de la Casa de la Reina, figurando hasta septiembre de 1504 en que enfermó la Reina. Pasamos por alto algunas misiones que se le confiaron y su colaboración posterior con Fernando el Católico, para centrarnos en sus testimonios escritos que dejó sobre la Reina, que son tan encomiásticos, que al leerlos nos viene al pensamiento el capítulo I del libro de los Reyes en que la reina de Saba, que tanto había oído ponderar la sabiduría de Salomón y la grandeza que rodeaba su corte, que no paró hasta pedir una audiencia con el rey para enterarse personalmente de todo. Ya sabemos el resultado: regresó a su país tan entusiasmada de haber contemplado mucho más de lo que la fama pregonaba del Rey Sabio.

También la fama de Isabel había traspasado las fronteras de España y era bien conocida en Roma y en Italia entera. Veamos lo que cuenta este italiano, colaborador asiduo de la Reina, no menos que de su confesor Hernando de Talavera. Su



testimonio creo se puede aceptar, por eso lo reproducimos aquí, por ser persona extraña a la corte de Castilla, y conocedor profundo del tema que desarrolla. Reproduciremos solamente algunos testimonios extractados de su correspondencia precisamente dirigida a otros compatriotas suyos de Italia (7).

Escribiendo al conde Juan Borromeo, le dice: «Porque me he venido de Italia, donde no me faltaba una honrosa situación... No me arrepiento de ello, porque España es la única nación feliz que ha conseguido (lo que nunca hasta ahora), tener unos príncipes, marido y mujer, devotos en religión, tenacísimos en la justicia y dotados de suma prudencia que unánimemente como dos divinidades caídas del cielo la conservan, la ilustran, la hacen progresar, de modo que parecen inspirados por un espíritu divino y aún guiados por la diestra del Altísimo... Quienquiera que les conozca pensará que ambos son nacidos con idéntica estrella».

A Teodoro de Pavía, milanés, médico del rey de Francia, le dice: «Me quedaré con los españoles para venerar al Rey y Reina de España, estrechamente unidos y concordados, como a seres celestes que saben a divino. Es algo sobrehumano lo que ellos piensan, hablan, obran. Con ellos sólo se habla de justicia, de concordia entre los príncipes cristianos, de la guerra a los enemigos de nuestra ley; todo el tiempo y el trabajo se emplea en quitar los obstáculos que se oponen a la religión, en suprimir los vicios, en exaltar las virtudes...»

A su maestro Pomponio Leto, luego de hablarle de la compenetración existente en el modo de obrar del matrimonio, y de exaltar la personalidad del Rey, considerándole entre los grandes hombres que ha formado la historia, se refiere a la Reina: «Pero ella, ¿quién me encontrarías tú entre las antiguas, de las que empuñaron cetro (hablo con amplia libertad) que haya reunido juntas en las empresas de altura, estas tres

(7) Las fuentes que utilizamos son de suma garantía: RODRÍGUEZ VALENCIA, V.: *Isabel la Católica en la opinión de Españoles y Extranjeros*, Valladolid, 1970, t. I, p. 172 y ss. Advierto que el texto de estas cartas se halla en latín, pero utilizamos la traducción castellana que ha servido para enviar a Roma en el Proceso de Beatificación.



FRAY M.^a DAMIÁN YÁNEZ NEIRA

cosas: un grande ánimo para emprenderlas, constancia para terminarlas y juntamente el decoro de la pureza? Pero esta mujer es fuerte, más que el hombre más fuerte, constante como ninguna otra alma humana, maravilloso ejemplar de pureza y honestidad; nunca produjo la naturaleza una mujer semejante a ésta...»

Estos testimonios de Anglería son las primeras impresiones que le produjo la vista de aquella pareja de gobernantes. Demos un paso más para ver si con el paso del tiempo cambia su opinión sobre ellos, particularmente sobre la Reina, con la que más trató hasta su muerte. Las alabanzas que le tributa parecen hiperbólicas, hijas de una imaginación calenturienta. Se podría pensar eso si fuera él solo quien lo afirma, pero ¡coincide exactamente en el mismo concepto que tenía de ella el Cardenal Cisneros! Sólo es posible añadir brevísimo testimonio:

«Deseas saber, como dices, ilustrísimo príncipe, por qué se habla tanto de la Reina, caso raro tratándose de mujer.. A mi juicio no se la puede comparar a ninguna de cuantas reinas alabó la antigüedad; es mujer de temple para emprender grandes cosas..., más constante que la misma constancia, lo cual se considera diametralmente opuesto a la mujer, ser frágil e imperfecto; admirable ejemplar de honestidad y modestia, rarísimo en la suma licencia de costumbres de nuestros días; es mujer de consejo hasta lo increíble. En la dote de la Reina hay muchos más reinos que en la de su esposo y mucho más poderosos, en los cuales se hace lo que ella ordena, pero manda de tal manera que parece que mandan igualmente los dos. Ambos viven en Castilla y de Castilla sale la organización y dispendios de la guerra. Son estas virtudes inauditas de ella y la magnanimidad y fuerza de su corazón lo que le han granjeado con razón este nombre».

No nos es posible continuar las grandes alabanzas que este italiano tributa a nuestra reina, porque nos haríamos interminables. Tampoco podemos detenernos a enumerar otros hombres de gran valía que colaboraron con Isabel de manera decidida y orientadora, porque sería salirnos del plan trazado en esta carta.



Reservamos unas páginas dedicadas a algunas mujeres que también prestaron una ayuda decidida en el desarrollo de los grandes problemas de estado que Isabel traía entre manos.

20. COOPERACIÓN FEMENINA

No es posible silenciar el papel preponderante que prestaron a Isabel el grupo de damas que la acompañaba de continuo. Porque constituida Isabel Reina de Castilla, continuó siendo un dechado de honestidad y cumplimiento fidelísimo de los deberes religiosos. Como estaba dotada de una perspicacia singular para sondear el interior de los corazones, se distinguió en la manera de elegir personas sabias y santas que la ayudaran a solucionar los grandes problemas de estado. Aunque dotada de una inteligencia singular, y una perspicacia a toda prueba, no olvidemos que comenzó su reinado a los 23 años, sin haber tenido ocasión ni medios para lograr obtener una formación integral, ni menos un modelo en quien poder mirarse. Fuera de la formación espiritual y poco más recibida en Arévalo hasta los diez o doce años, casi podemos decir que fue persona autodidacta, es decir, llegó a ser maestra, sin maestros, como se dice de algunos monjes antiguos, que sin pasar por colegios ni universidades, llegaron a ser grandes maestros. Aparte de su marido, necesitaba a su lado mujeres de peso para que la ayudaran a solucionar los principales problemas que le iban saliendo cada día. Esas mujeres las buscó. De entre ellas destacamos las siguientes.

a) *Teresa Enríquez*

Hija del Almirante de Castilla don Alonso Enríquez y de doña María Alvarado y Villagrán, nació posiblemente en Valladolid hacia 1450, casi el mismo año que la Reina Isabel. Hermana de doña Juana, reina de Aragón, por lo tanto, era prima hermana de Fernando el Católico y tía de san Francisco de Borja. Aunque la niñez y primeros años de la juventud no co-



FRAY M.^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

nectara con nuestra Reina, por motivos de vivir ésta recluida en Arévalo y luego sometida a la voluntad de su hermano Enrique, se cree que no tardaron en conocerse ambas en alguna entrevista fortuita que tuvieron, tardando poco en descubrir Isabel que tenía en Teresa la mejor cooperadora que podía buscar para llevar a cabo sus planes.

Piedad, juventud, hermosura, discreción consumada..., Teresa quedó fichada en la agenda de la Reina, no perdiéndola ya de vista. Aunque se dice que esta joven intentó ingresar religiosa en las clarisas de Palencia, tal vez ese contacto con Isabel la obligó a cambiar sus planes; hasta se dice que le buscó marido en un personaje destacado de la corte, Gutierre de Cárdenas, contador mayor de León y luego del reino, equivalente a ministro de hacienda. Teresa gozó ya en vida fama de santa —hoy tiene muy adelantado el proceso de beatificación— lo que supone esto en la vida de nuestra Reina. No había cosa que no consultara con ella, y como la piedad eucarística era la nota distintiva en sumo grado de Teresa, que pasaba horas y horas delante del Sacramento del Altar, lo que necesitaba la Reina para sumergirse más y más en Dios.

La vida de esta mujer es un ejemplo vivo de una fe que traslada montañas. Gozaba de muchas riquezas, pero todo le parecía poco, no para presumir o vivir a lo grande, como pudiera haberlo hecho, sino para hacer cuantiosas limosnas y realizar obras inmortales. Tan asidua y viva era su fe en la divina Eucaristía, que uno de los pontífices que conocía a fondo su vida llegó a calificarla con el título lleno de encomio: «*La loca del Sacramento*». No habiendo espacio para descender a más detalles, quien desee conocer su vida, hay una obra reciente en la que pueden todos admirar la trayectoria de esta mujer cuya huella en la historia de España fue muy profunda. Hoy se halla muy avanzado el proceso de su beatificación (8). Una cosa hay que cambia su vida.

(8) Los que deseen conocer la vida de la sierva de Dios, pueden adquirir la obra del franciscano fray Manuel de Castro: *Teresa Henríquez, la Loca del Sacramento*, Toledo, 1992, Diputación Provincial.



Mientras vivió Isabel, ya no se apartaron ambas, y todo su celo y dinamismo lo desplegó en beneficio de la patria, pues se advierte claramente que hasta pasada la fecha de la muerte de la santa Reina, no comenzaron a surgir las grandes obras sociales y arquitectónicas que dejó a la posteridad. Por donde deducimos que muchos de los grandes éxitos de Isabel, dependían en parte marcada de esta mujer, por haber vivido entregada a su servicio.

b) María de Guzmán

Fue esposa de don Pedro de Girón, conde de Urueña, hijo de otro don Pedro de infeliz recuerdo en la vida de nuestra Reina. «Fue una de las señoras de España dignas de loar por sus méritos y buen ejemplo y altas costumbres; y, dejada aparte la linda disposición y hermosura y buena gracia de que Dios nuestro Señor la dotó, como la pudimos ver así siendo en la flor y tiempo de su mocedad, y viviendo su marido y después que Dios se lo quitó, siendo viuda, más honestas qual más recogida, religiosa devota cual más; piadosa y limosnera cual más; prudente viuda. Espejo ha sido a todas cuantas quisieron imitar sus obras» (9).

c) Beatriz Galindo

Llamada *la «Latina»* fue una de las compañeras más íntimas de la Reina, con la particularidad de haber sido su maestra de latín. Natural de Salamanca —algunos dicen de Écija—, su nacimiento debió ser hacia 1465 en el seno de una familia de arraigadas creencias cristianas, pues la niña salió tan piadosa, que ya en la niñez suspiraba por consagrarse a Dios en la vida religiosa, y sus padres no se oponían, pero se les ocurrió ponerla a estudiar latín para que comprendiera

(9) FERNÁNDEZ DE OVIEDO, cronista contemporáneo de la señora.



FRAY M.^o DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

mejor las oraciones de la Iglesia que iba a repetir a diario en el convento. Tanto se entusiasmó con la lengua de Lacio, que se encariñó con ella y se le olvidaron todas las aspiraciones a la vida del claustro, resultando una alumna tan aventajada que llamó la atención de los mayores sabios de aquella Universidad, por la facilidad con que traducía y recitaba los clásicos latinos.

Al poco tiempo de ocupar Isabel el trono de Casilla, tuvo ésta noticia de la valía excepcional de aquella muchacha, la llamó a palacio para que la instruyera tanto a ella como a las infantas en el latín, lengua oficial empleada en la diplomacia de aquellos tiempos. En un principio llevó título de «criada de la Reina», cambiado más tarde por el de camarera. Tanto se aficionó al aire de la corte, que fundó una cámara «La Latina», como por antonomasia dieron en llamarla, era el centro de estudios no sólo de la lengua romana, sino se cultivaban igualmente la filosofía y las letras. Pero como no es posible extendernos en su vida, diremos que la Reina la casó con su secretario Francisco Ramírez de Madrid, «e siempre estuvo en palacio». Por ella hizo la Reina secretario suyo a Gaspar de Gricio, hermano de Beatriz, que suscribe el Testamento y el Codicilo de Isabel la Católica dictados en sus últimos días...

Esta mujer luego de vivir en el matrimonio y enviudar, fue una de las personas más íntimas de la Reina. «Por manos de Beatriz pasaban todos los asuntos domésticos y toda la menuda contabilidad de las caridades de la Soberana». Ella fue su inseparable en la última enfermedad, y ella la que se integró en la comitiva que trasladaba el cadáver de la Reina desde Medina del Campo a Granada. Una vez satisfecha su devoción y cariño hacia la egregia soberana, se retiró a Madrid donde llevó a cabo grandes obras, entre ellas el famoso hospital que lleva su nombre y el convento de la Concepción donde murió santamente.

Un escritor moderno, en su obra sobre Isabel la Católica y dedicando una atención especial a esta mujer, colaboradora sin par de nuestra Reina, luego de hablar de su visita al sepulcro que custodian con toda devoción las religiosas del conven-



to fundado por ella, trae esta alabanza ponderativa pero muy real de ambas: «Cuando nos acercamos reverentes a la tumba de la consejera de la gran Reina, nuestro pensamiento voló nostálgico hacia la era aquella en que todo respiraba en España creación, alientos, esperanzas. Aúreos días para la fe y para la cultura, regidos por una soberana de Castilla, “corazón de varón vestido de hembra” que unificaba reinos y descubría continentes, mientras su maestra de latín —su ministro de Instrucción Pública, como la llamó don Francisco Silvela— presidía en su antecámara aquel callado laboratorio intelectual, de donde irradiaba hacia Granada la reconquista y hacia las Indias descubiertas la civilización cristiana, que será, mientras la tierra rueda por el espacio, el más noble blasón de nuestra raza (10)».

d) *Santa Beatriz de Silva*

Esta gloriosa santa, nacida en Ceuta en 1424, hija de un matrimonio portugués afincado en Montemayor, era una criatura tan agraciada y bella moral y físicamente, que la princesa Isabel de Portugal —madre de nuestra Reina— se la tomó como dama de honor desde antes de trasladarse a Castilla para desposarse con Juan II. Aquella belleza sobrehumana y la compostura y modestia que envolvía toda su persona, causaba sensación en la corte, donde reinaban toda suerte de liviandades obscenas, mirándola muchos hombres con ojos pecaminosos. Precisamente esas mismas cualidades fueron un incentivo para que la reina se celara de ella y pensara mal de que tuviera tratos con el rey. A tal grado le llegó la sospecha apasionada, que trató de quitarla de delante, ordenando encerrar a la joven en un oscuro calabozo, sin facilitarle alimento alguno. Allí permaneció varios días, y cuando mandó que la sacaran creyéndola muerta, la encontraron tan normal y alegre como

(10) LLANOS Y TORRIGLIA, F.: *En el hogar de los Reyes Católicos*, o. c., p. 270.



FRAY M.^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

si nada hubiera sucedido. Dicen que en esa lobreguez en que vivía encerrada, se le apareció la Santísima Virgen, la consoló y le descubrió los deseos de Dios de que pusiera en marcha una nueva orden dedicada a su purísima concepción, algo totalmente inaudito en el s. xv.

Apenada de haber sido incentivo de pecado, huyó de la corte y no paró hasta Toledo, donde estuvo varios años recluida en un monasterio de santo Domingo el Antiguo, pero sin profesar la regla del Císter. Parece que estuvo también probando en algunos otros monasterios. En esos años de reclusión, entregada a una vida santa, ideó el carisma de que iban a estar dotadas las nuevas religiosas que planeaba fundar. Obtenidas las debidas autorizaciones de la Santa Sede, ésta, mediante una bula denominada *Inter Universa* firmada en Roma el 30 de abril de 1489, autorizó a poner en marcha la nueva Orden dedicada al misterio inmaculista. Poco después surgía la congregación religiosa, con la particularidad original que el Señor no quiso que saboreara las mieles de ver en marcha una familia religiosa destinada a dar culto al misterio de la Inmaculada, porque se la llevó al poco tiempo de ponerla en marcha a gustar otras delicias más llenas de dulcedumbre en el cielo un 17 de agosto de 1491. Hoy las Concepcionistas se hallan en pleno florecimiento, extendidas por todo el mundo.

Según la bula citada nacía la nueva orden orientada por las observancias del Císter, tal como se cumplían en santo Domingo el Antiguo. Pero unos años más tarde, sobre todo por la influencia del Cardenal Cisneros, cambiaron las costumbres por la de la orden franciscana. El distintivo con que los artistas suelen representar a santa Beatriz de Silva es doble, una estrella en la frente y una azucena en la mano, aludiendo a la lucha tenaz que tuvo que mantener en la juventud en aquella corte corrompida.

Es notorio que esta Santa tuvo no poco contacto con Isabel la Católica —mucho más joven que ella— en los últimos años, y de seguro trataron más de una vez en la intimidad el proyecto que traía entre manos: fundar una orden religiosa destinada a honrar el misterio de la Inmaculada Concepción, en



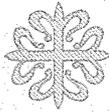
aquellos tiempos todavía muy lejos de ser dogma de fe, pero que ya el pueblo cristiano lo vivía intensamente, sobre todo en algunas ciudades importantes. No hay duda que la Reina, tan devota de la Virgen Madre, y enamorada de la virtud angélica, llevaría en el fondo del corazón esa creencia general de la Iglesia, y animaría a la Santa a llevarla adelante, ofreciendo para la primera comunidad no sólo los palacios de Galiana, en la misma ciudad de Toledo, para poner en marcha la obra, sino también facilitándole los medios necesarios para agilizar en Roma los trámites, primero por fray Juan de Tolosa, y más tarde por el cardenal Cisneros.

Éstas y otras muchas mujeres que pudiéramos añadir, fueron las que ayudaron a nuestra soberana a dejar aquella huella tan profunda en todos los estamentos de la sociedad. A ella sólo le era imposible, pero con la ayuda de estas almas grandes, de una talla excepcional, pudo llevar a cabo la cantidad enorme de maravillas que jalonan su vida y asombran al mundo.



INSTITUTO SAZAR Y CASTRO
VICENTE DE CADENAS Y VICENT

CABALLEROS DE LA
ORDEN DE ALCANTARA QUE
EFECTUARON SUS PRUEBAS
DE INGRESO DURANTE
EL SIGLO XVIII



MADRID
Hidalgo